

Editorial

Todo escritor debería editar alguna vez. Para alguien acostumbrado al silencio y a la serenidad de un estudio, a los tiempos que le indica su propio trabajo, a menudo autorreferencial, la edición constituye un auténtico reto, una oportunidad de escapar del solipsismo e interesarse por el quehacer de los demás, no de modo egoísta como ocurre cuando leemos para nutrir nuestras propias creaciones, sino con la disposición alegre y generosa de quien organiza una fiesta.

Desde muy joven empecé a involucrarme con las revistas literarias, para publicar mis textos, pero también como aspirante a editora, con la voluntad de reunir y dar a conocer las voces que más me interesaban. Al hacerlo, me di cuenta de que ambas labores tenían más en común de lo que yo creía. Para componer cada número de una revista también es necesario encontrar un tono, un ritmo, un orden, un enfoque. Como la escritura, la edición nos hace pasar por momentos de éxtasis y de desesperación.

Esta vez el reto se duplica: a diferencia de mis proyectos editoriales anteriores, no estoy partiendo de cero, sino retomando la estafeta de una revista consolidada, y dueña de una enorme tradición, una revista que antes estuvo en manos de escritores como Luis Villoro o Julieta Campos, y en la que publicaron gigantes como Borges, Gombrowicz o Rulfo. Se trata de un gran privilegio, pero también de una inmensa responsabilidad.

La UNAM fue mi universidad y a ella le debo mucho, tanto en términos académicos como personales. Estoy convencida de su papel irremplazable como propiciadora del pensamiento, pero también de su función como caja de resonancia para que esas reflexiones se escuchen en todo el país, y más allá de nuestras fronteras. La época por la que atravesamos es preocupante: en los últimos años el mundo parece haberse decantado por el oscurantismo, las políticas autoritarias y los prejuicios nacionalistas. A pesar de mi inclinación natural por las revistas literarias, me parece necesario que en esta nueva etapa la *Revista de la Universidad de México* vuelva a ser un espacio de diálogo y de reunión para universitarios de todas las disciplinas, un lugar que invite al pensamiento crítico, al entendimiento y la tolerancia, pero también a la acción.

Los cambios profundos se gestan en la sombra, y aunque este número ya es en varios aspectos distinto de los anteriores, la nueva época alcanzará su madurez en diferentes etapas. Los siguientes tres meses serán aún de transición, y a partir de septiembre se verán cambios más evidentes en cuanto a la temática, el tipo de contenidos y el diseño.

Empiezo mi gestión no con ánimo de imponer un sello, o de dejar mi impronta marcada para el futuro, sino con la voluntad de servir de catalizador a la comunidad universitaria, de hacerle honor a esta revista tan emblemática, de fomentar el intercambio entre la gente que reflexiona sobre México y sobre el mundo, y que sueña con mejorarlo.

La edición de mayo es un número especial dedicado a Juan Rulfo, uno de los escritores más queridos y admirados de la literatura mexicana. Creadores de diferentes generaciones, algunos contemporáneos y amigos personales de Rulfo, como Paulina Lavista, Fernando del Paso y Salvador Elizondo, hasta otros que sin conocerlo no han dejado de reinventarlo, presentan sus lecturas de la obra rulfiana y arrojan luces sobre la figura de su creador. Entre nuestros planes estaba publicar “Los murmullos”, el borrador de un capítulo de *Pedro Páramo* que en su momento apareció en esta revista, así como un texto en el que el autor reflexiona sobre esa misma novela treinta años después y algunas de sus fotografías, pero nuestra intención original no prosperó por razones que sobra aquí mencionar.

La manera en que decidimos celebrar a Rulfo consistió entonces en invitar a escritores y artistas visuales a recuperarlo; a demostrar que si bien es cierto que los derechos de un autor pertenecen a sus herederos, a sus agentes, a sus amigos, el autor mismo pertenece a sus lectores, y que leer —pésele a quien le pese— es un acto de canibalismo. Los textos y las piezas gráficas con que todos ellos han alimentado este número confirman que Rulfo está muy presente en nuestro imaginario, y que nos pertenece a todos.

Guadalupe Nettel